

celedonio FLORES

la

MUSA

MISTONGA

Autorretrato.

Pinta de “shushetín”, visto a la moda
porque el sastre me cobra el mismo precio;
al pantalón planchado no lo desprecio,
y el “yuguillo” encolao no me incomoda...

Remato una verbena con whisky y soda;
encurdelao no soy matón ni necio.
Le tengo “al carro de la vida” aprecio,
pero emberretinao... ¡la juego toda!...

Como no soy vicioso, ni la “carpeta”
ni el burro más ligero ni el más maleta
le han sacao mucho vento a este bacán

Pero, artísticamente, soy “milonguero”,
porque..., a una opereta de Lehar, prefiero
los canyengues que siempre tanguéó Cobián...

Parece mentira.

¿Que no cante en reo,
que pase a degüello la viola encordada
de mi inspiración?

¿Que mande a baraja
mis musas caneras,
mis paicas runfleras,
mis pobres malevos y la encrucijada
de mi callejón?

¿Que no cante en reo?

¿Que deje el suburbio
temeroso y turbio
que me vio nacer?

¿Que por qué en el fondo
de mi musa brava
siempre una garaba
abandona al hombre
que la quiere tanto
para no volver?

¿Que no cante en reo?

¿Que no glose el tajo
que de arriba 'bajo
le cruza la cara al viejo matón?
(que lleva en su hombría
la marca tajante
que es más denigrante
que aquel costurón).

¿Que deje tranquila a la pobre viejita?

¿Que no haga sonetos para Milonguita
que no lo merece por mala y desleal?

¿Que por qué me ocupo de la vieja Lora
que es la entregadora
que pica más alto en el arrabal?

¿Que por qué pretendo entronar al tango
si según algunos es reo, guarango
y bajo y procaz?
¿Que si continúo cantando en lunfardo
el fragante nardo
de mi poesía se marchitará?

¡Y eso... me lo has dicho vos
que sos mi amigo,
que me querés tanto
y has sido conmigo
tan noble, tan leal!

¡Parece mentira!

Te pido por lo que más quieras
que me dejes solo con mis milongueras,
mis pobres malevos y con mi arrabal.

La Musa mistonga.

La musa mistonga de los arrabales,
la mistonga musa del raro lenguaje
que abrevó en las aguas de los madrigales
y al llegar al pueblo se tornó salvaje,
la que nada sabe de abates troveros
que hilvanaron dulces endechas de amores
pero que, por boca de sus cancioneros,
conoce la vida de sus payadores.

La que nada sabe de los caballeros
de acción en las lides de los cintarazos,
pero sabe casos de jugarse enteros
un par de malevos a prueba de hachazos;
que ignora la gloria de un día vivido
bajo la fragante fronda de Versalles,
pero sale alegre cuando ha anochecido
a ver los muchachos jugar por las calles.

A ver cómo pasan felices parejas
y se torna alegre la cara del ciego
si escucha que hilvana sus canciones viejas
el buen organito que mentó Carriego;
que ignora la cuita de la princesita
que pecó indiscreta con el rubio paje,
pero que se apena porque Milonguita
ha dado un mal paso y llora su ultraje.

Que no se ha enterado que en una pavana
se lucieron reyes de blasón y rango...
Su amigo, el malevo, hace filigranas
en el duro piso y al compás de un tango;
al compás de un tango donde abreva ahora,
para literarios implacables males,
en la suburbana paz evocadora,
la musa mistonga de los arrabales.

Azucena.

Cachá cuatro compases de un tango rante,
de esos con más pelusa que un gato angora,
y el verso más lunfardo y más asonante
de este poeta reo: (Perdón, Señora...)

Metete unos pedazos de barrio bajo
cuando el Sol los pincela de poesía,
y la marca primera que marca el tajo
de dos guapos parejos de hombría a hombría.

La bronca de un cafiolo que quedó en banda,
la curda de un porteño que de parranda
sale a tirar, alegre, manteca al techo.

Mezclá todo con gloria, pasión y pena:
y tendrás el retrato de la Azucena
¡la tanguera más grande que Dios ha hecho!

Cuando llegue aquel día.

Un cotorro coqueto en un barrio apartado
donde engrupa al Invierno la caricia solar,
y en Verano nos brinde su racimo rosado
en el medio del patio el parral familiar.

El bulín donde nunca falte un ramo de rosas
y un deseo constante de gozar y vivir...
Un chamuyo sencillo pa' batir muchas cosas
y otro alegre y chispeante que nos haga reír.

De una linda pebeta el cariño primero
que no sepa ni medio de cuestiones de Amor...
El amor inocente, francamente sincero
de una pebeta linda como un durazno en flor.

La bohemia sensible de otra alma gemela
que se una a la mía en un hondo querer,
que le gusten los pibes cuando van a la escuela
y se apene conmigo en un atardecer.

Que de noche, al regreso de la diaria faena
donde tan duramente me rebusco el bullón,
con un beso en la boca le dé el opio a una pena
si una pena me talla dentro del corazón.

Y si un día notara, que irremediabilmente,
por sus sueños no soy...
Que me diga al besarme
con dulzura en la frente:
"Mirá, viejo, me aburro,
perdoname, me voy".

Mano a mano.

Rechiflado en mi tristeza, te evoco y veo que has sido
en mi pobre vida paria sólo una buena mujer.
Tu presencia de bacana puso calor en mi nido,
fuiste buena, consecuente, y yo sé que me has querido
como no quisiste a nadie, como no podrás querer.

Se dio el juego de remanye cuando vos, pobre percanta,
gambeteabas la pobreza en la casa de pensión.
Hoy sos toda una bacana, la vida te ríe y canta,
los morlacos del otario los jugás a la marchanta
como juega el gato maula con el mísero ratón.

Hoy tenés el mate lleno de infelices ilusiones,
te engrupieron los otarios, las amigas y el gavión;
la milonga, entre magnates, con sus locas tentaciones,
donde triunfan y claudican milongueras pretensiones,
se te ha entrado muy adentro en tu pobre corazón.

Nada debo agradecerte, mano a mano hemos quedado;
no me importa lo que has hecho, lo que hacés ni lo que harás...
Los favores recibidos creo habértelos pagado
y, si alguna deuda chica sin querer se me ha olvidado,
en la cuenta del otario que tenés se la cargás.

Mientras tanto, que tus triunfos, pobres triunfos pasajeros,
sean una larga fila de riquezas y placer;
que el bacán que te acamala tenga pesos duraderos,
que te abrás de las paradas con cafishos milongueros
y que digan los muchachos: Es una buena mujer.
Y mañana, cuando seas descolado mueble viejo
y no tengas esperanzas en tu pobre corazón,
si precisás una ayuda, si te hace falta un consejo,
acordate de este amigo que ha de jugarse el pellejo
pa'ayudarte en lo que pueda cuando llegue la ocasión.

Por la pinta (Margot).

Desde lejos se embroca,
pelandruna abacanada,
que naciste en la mugre
de un cuartucho de arrabal.

Hay un algo que te vende,
yo no sé si es la mirada,
la manera de sentarte,
de vestir o estar parada,
o tu cuerpo acostumbrado
a las pilchas de percal.

Ese cuerpo que hoy te marca
los compases tentadores
del candombe de algún tango
en los brazos de un buen gil,
mientras triunfa tu silueta
y tu traje de colores
entre risas y piropos
de muchachos seguidores,
entre el humo de los puros
y el champagne de Armenonville.

Son mentiras, no fue un guapo
compadrón ni prepotente,
ni un malevo veterano
el que al vicio te lanzó.
Vos rodaste por tu culpa
y no fue inocentemente,
berretines de bacana
que tenías en la mente
desde el día que un magnate
de yuguillo te afinó.

Siempre vas con los muchachos

a tomar ricos licores
a lujosos reservados
del Petit o del Julien,
y tu vieja, pobre vieja,
lava toda la semana
pa' poner para la olla
con pobreza franciscana
en el viejo conventillo
alumbrao a querosén.

Yo recuerdo no tenías
casi nada que ponerte;
hoy usas ajuar de seda
con rositas rococó...

Me revienta tu presencia
pagaría por no verte;
si hasta el nombre te has cambiado
como has cambiado de suerte,
ya no sos mi Margarita,
ahora te llaman Margot.

Guitarra maleva.

Guitarra maleva del barrio orillero
la musa del barrio tu historia cantó,
terciada la espalda de un gaucho trovero
en tiempos de gauchos la patria te vio.

Guitarra maleva que sale adornada
de blanco y celeste para Carnaval,
llevás en el cuello como dibujada
la marcha que un día te hiciera un puñal.

Yo ya sé que al son de un tango no empezaste tu existencia,
y que de una vidalita tu realidad no encarnó,
pero sé que una milonga de insolente prepotencia
hizo carne en tu armonía y el suburbio te adoptó.

Que sos su querida tal vez se figura
ilusoriamente tu dueño el matón,
por eso te pulsa con tanta dulzura
y te aprieta fuerte contra el corazón.

Yo he visto a ese hombre; malevo, valiente
pulsarte la noche que solo quedó,
y mientras le daba la Luna en la frente
llorar por la ingrata que nunca volvió.

El café de mi barrio.

No hace esquina, su rante mistonguería
se deschava en la mugre de las ventanas,
cortinas que en otrora fueran bacanas
ocultan interiores melancolías.

Una mersa de rantes que todo el día
ambula entre sus mesas de mala gana;
el mozo, un galleguete timbero y rana
que encanta a la parroquia porque les fía.

Al fondo, donde el foco poco ilumina,
timbean al codillo la meneguina
y al truco y a la escoba lo consumido.

Mientras la murga infame en la tarima
la tristeza infinita de un tango rima
que se mete en el alma por el oído.

Pan.

Él sabe que tiene para largo rato,
la sentencia en fija lo va a hacer sonar,
así -entre cabrero, sumiso y amargo-
la luz de la aurora lo va a saludar.

Quisiera que alguno pudiera escucharlo
en esa elocuencia que las penas dan,
y ver si es humano querer condenarlo
por haber robado... ¡un cacho de pan!...

Sus pibes no lloran por llorar,
ni piden masitas,
ni chiches, ni dulces... ¡Señor!...
Sus pibes se mueren de frío
y lloran, habrientos de pan...
La abuela se queja de dolor,
doliente reproche que ofende a su hombría.
También su mujer,
escuálida y flaca,
con una mirada
toda la tragedia le ha dado a entender.

¿Trabajar?... ¿En dónde?... Extender la mano
pidiendo al que pasa limosna, ¿por qué?
Recibir la afrenta de un ¡perdone, hermano!
Él, que es fuerte y tiene valor y altivez.

Se durmieron todos, cachó la barreta,
se puso la gorra resuelto a robar...
¡Un vidrio, unos gritos! ¡Auxilio!... ¡Carreras!...
Un hombre que llora y un cacho de pan...

Neurótica.

Se fajó una novela donde un príncipe rante se quedaba en la vía por timbero y mishé, pero como a la reina la tenía de amante se aguantaba la mala con paciencia y con fe.

Cierto paje vivillo, batidor y atorrante, campaneando el “affaire” dijo: ¡Araca, me armé! Si la reina no quiere que el deschavo le cante va a tener que arreglarme con mucho “parné”.

Se hizo un lío debute. Cuando el rey cierto día se enteró por el paje del merengue que había a la reina y al coso los mandó envenenar.

¡Ah! las novias sublimes, ¡qué tragedias pasamos! exclamó la lectora de los cien kilogramos y largó la novela pa' ponerse a llorar...

Sentencia.

La audiencia, de pronto se quedó en silencio:
de pie, como un roble,
con acento claro
hablaba el malevo.

Yo nací, señor juez, en el suburbio,
suburbio triste de la enorme pena,
en el fango social donde una noche
asentara su rancho la miseria.

De muchacho, no más, hurgué en el cieno
donde van a podrirse las grandezas...
¡Hay que ver, señor juez, cómo se vive
para saber después por qué se pena!

Un farol en una calle tristemente desolada
pone con la luz del foco su motivo de color...
El cariño de mi madre, mi viejecita adorada,
que por santa merecía, señor juez, ser venerada,
en la calle de mi vida fue como luz de farol.

Y piense si aquella noche, cuando oí que aquel malvado
escupió sobre sus canas el concepto bajo y cruel,
hombre a hombre, sin ventaja, por el cariño cegado,
por mi cariño de hijo, por mi cariño sagrado,
sin pensar, loco de rabia, como a un hombre lo maté.

Olvide usted un momento sus deberes
y deje hablar la voz de la conciencia.
Deme después, como hombre y como hijo,
los años de presidio que usted quiera...

Y si va a sentenciarme por las leyes,
aquí estoy pa'aguantarme la sentencia...
pero cuando oiga maldecir a su vieja,

¡es fácil, señor juez, que se arrepienta!

La audiencia, señores,
se ahogaba en silencio...

¡Llorando el malevo,
lloraba su pena
el alma del pueblo!

Por qué canto así.

Porque cuando pibe me acunaba en tangos
la canción materna que llamaba al sueño,
y escuché el rezongo de los bandoneones
bajo el emparrado de mi patio pobre.
Porque vi el desfile de las inclemencias
con mis pobres ojos de llorar abiertos,
y en aquella pieza de mis buenos viejos
tuvo la pobreza su mejor canción...

Y yo me hice en tangos,
me fui modelando en odio, en tristeza,
en las amarguras que da la pobreza,
en llantos de madres,
en las rebeldías del que es fuerte y tiene
que cruzar los brazos
cuando el hambre viene...
Y yo me hice en tangos,
porque es bravo, fuerte,
tiene algo de vida,
tiene algo de muerte...

Porque quise mucho, porque me engañaron,
y pasé la vida barajando sueños...
Porque soy un árbol que vivió sin flores,
porque soy un perro que no tiene dueño...
Porque tengo odios que nunca los digo,
porque cuando quiero me desangro en besos...
Porque quise mucho y no me han querido...

¡Por eso yo canto tan triste, por eso!

Celedonio Flores. La Musa Mistonga. Argentina. 1920-1947.

La musa de los barrios sabe de malevos tristes y percantas con nostalgia, del hambre y la pobreza, y de la música que calma el dolor en el alma.

TERCER MUNDO

folletinesdelaterceraposicion.blogspot.com

facebook.com/folletinestercermundo

folletinestercermundo@gmail.com

*El autor destes textos es la sociedad en la que fueron concebidos.
Su comprensión se torna imposible sin un conocimiento cabal de las
circunstancias políticas, culturales y económicas que los rodea(ba)n en el
momento de su publicación.*